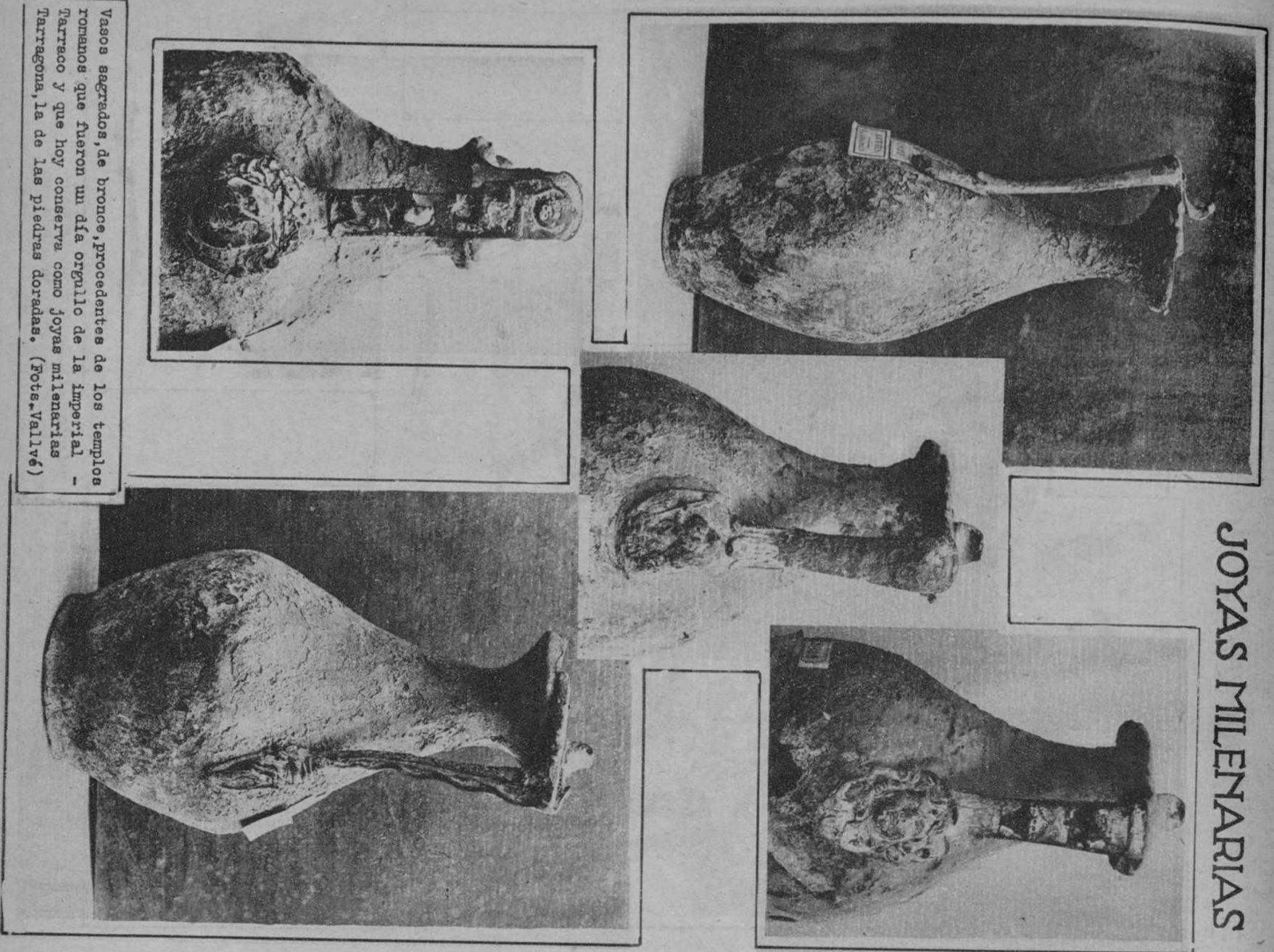


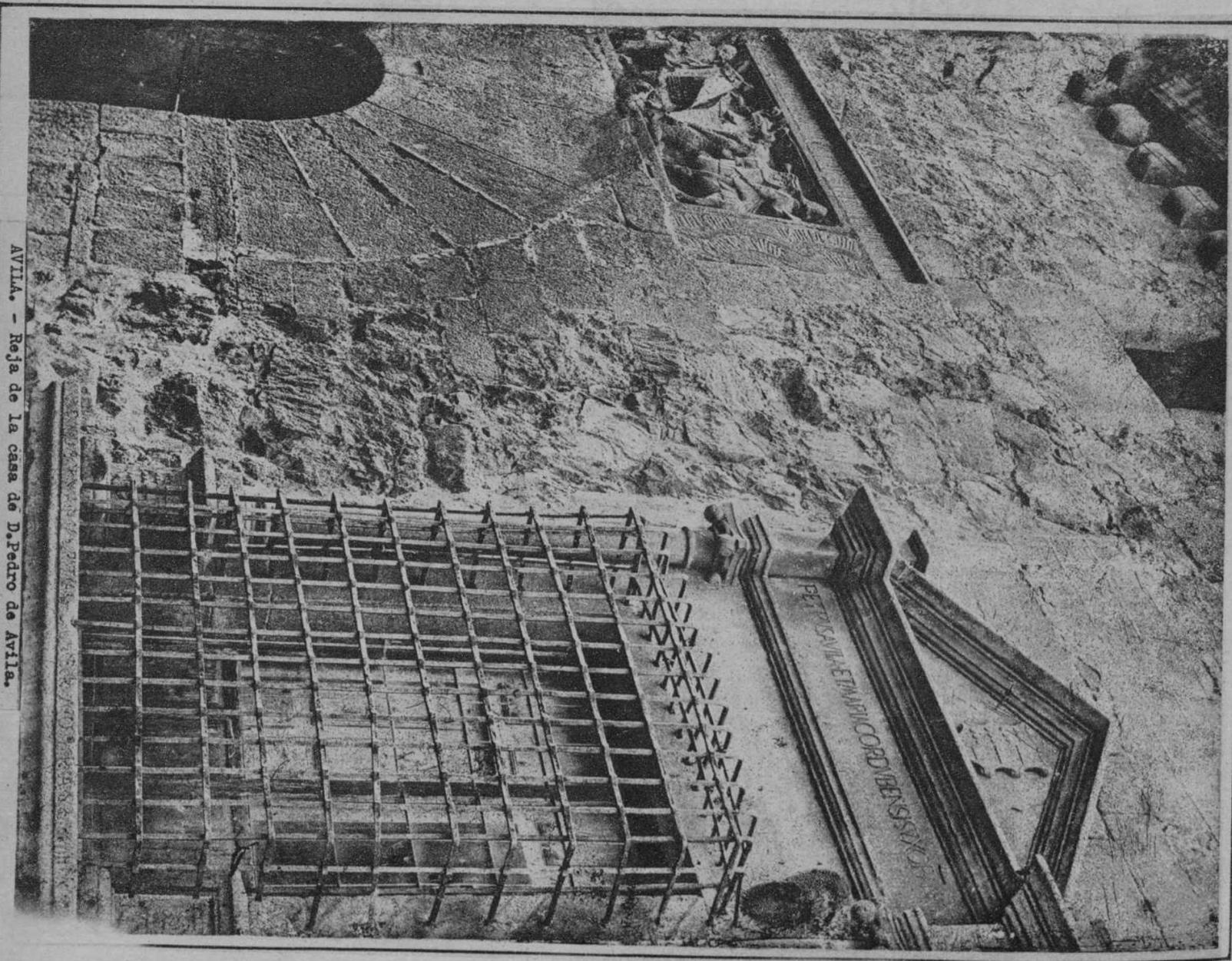
## JOYAS MILENARIAS



Vasos sagrados, de bronce, procedentes de los templos romanos que fueron un día orgullo de la imperial Tarraco y que hoy conserva como joyas milenarias Tarragona, la de las piedras doradas. (Fots. Vallvé)

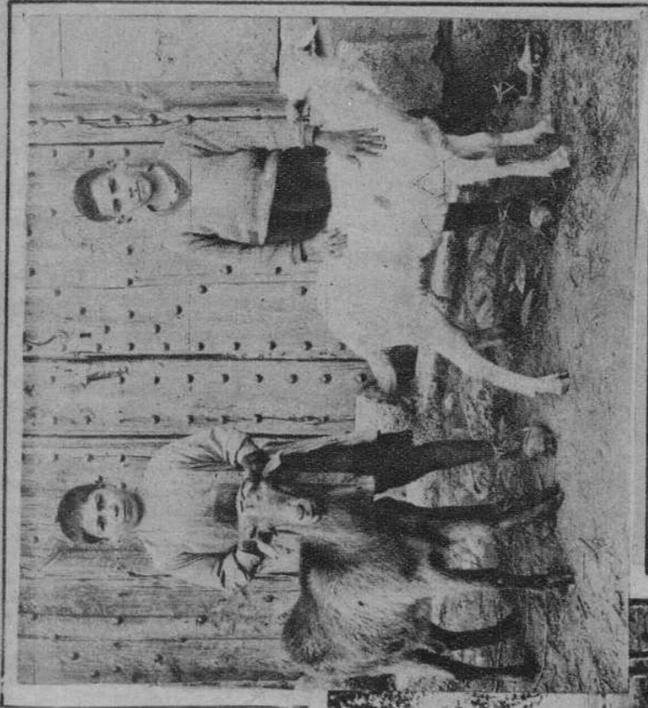
## PAGINAS EXTRAORDINARIAS DE El Dia Gráfico

NUM 159-ABRIL-28-1929



AVILA. - Reja de la casa de D. Pedro de Avila.

# La riqueza pecuaria en Cataluña

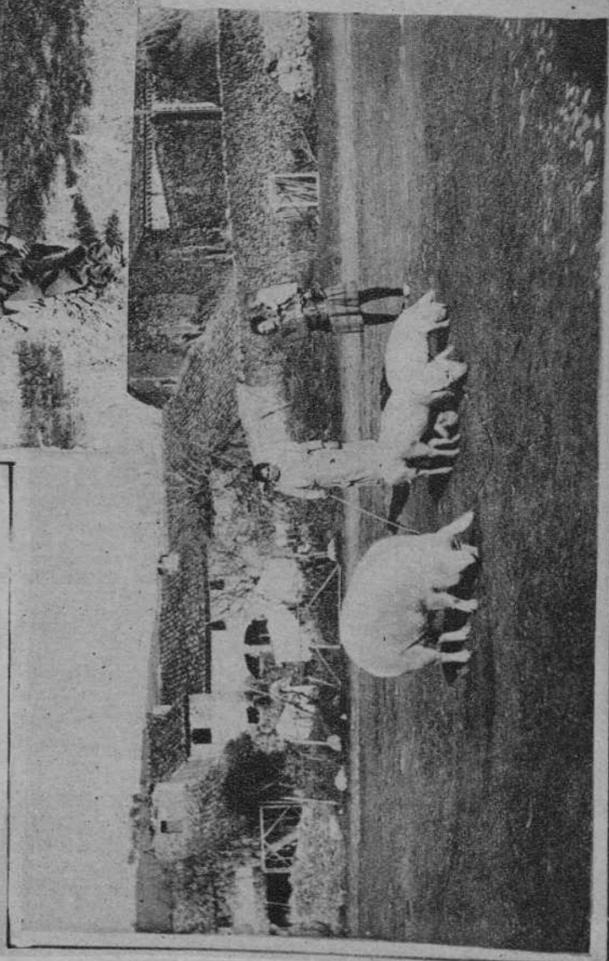


Los pequeños guardianes del ganado.  
Fot. Vilá



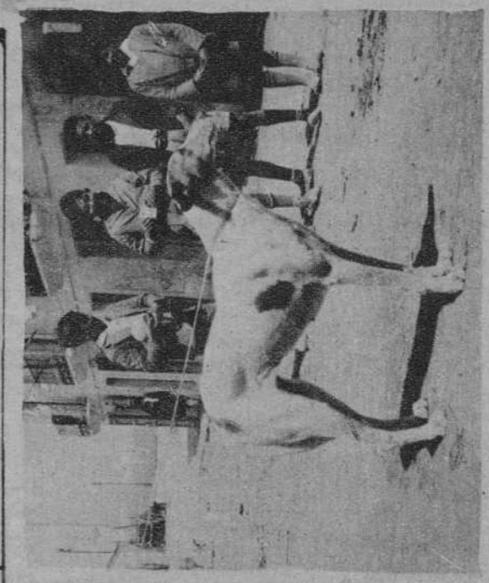
Los mansos coruerillos.  
Fot. Amat

Las vacas paciendo mansamente.  
Fot. Batlle



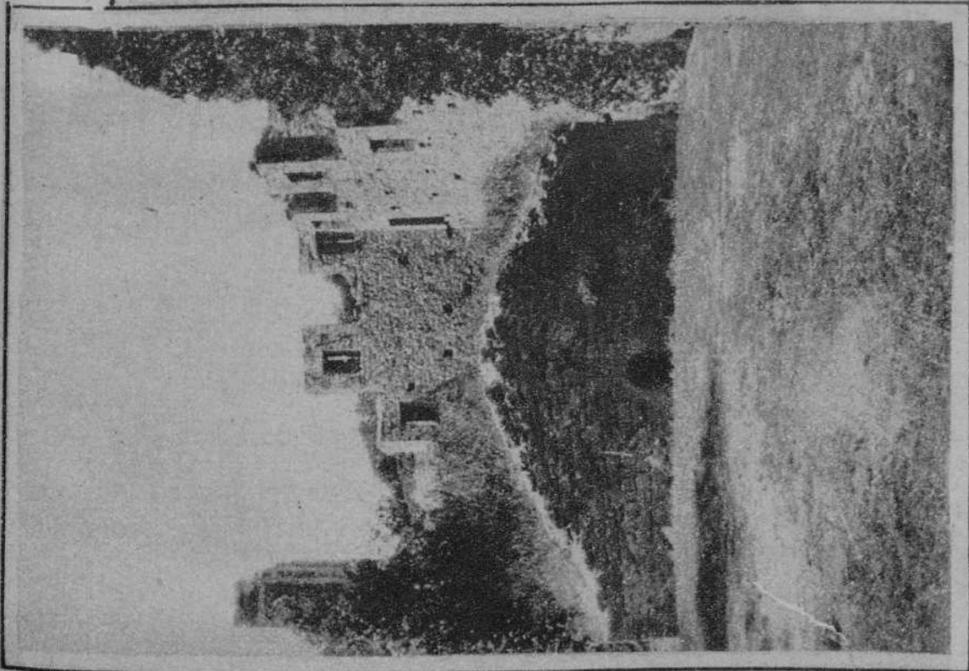
La piara doméstica.  
Fot. Vilá

# Los Perros Ibicencos

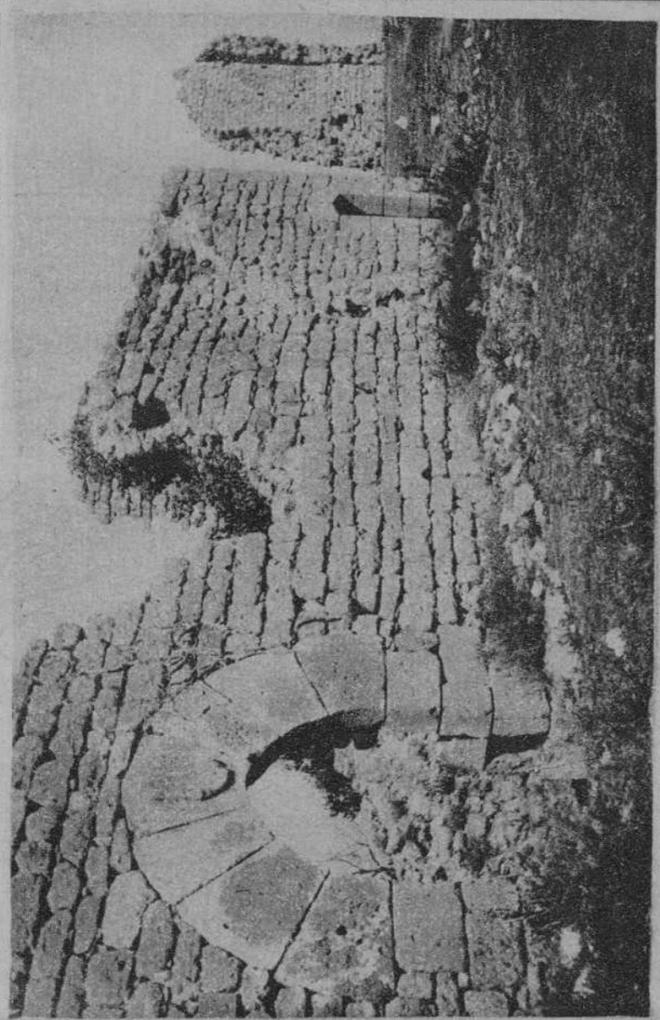


Ibiza tiene su raza especial de podencos, estimada por los grandes cazadores del mundo entero. He aquí varios ejemplares premiados en un reciente concurso celebrado en la capital de Ibiza.

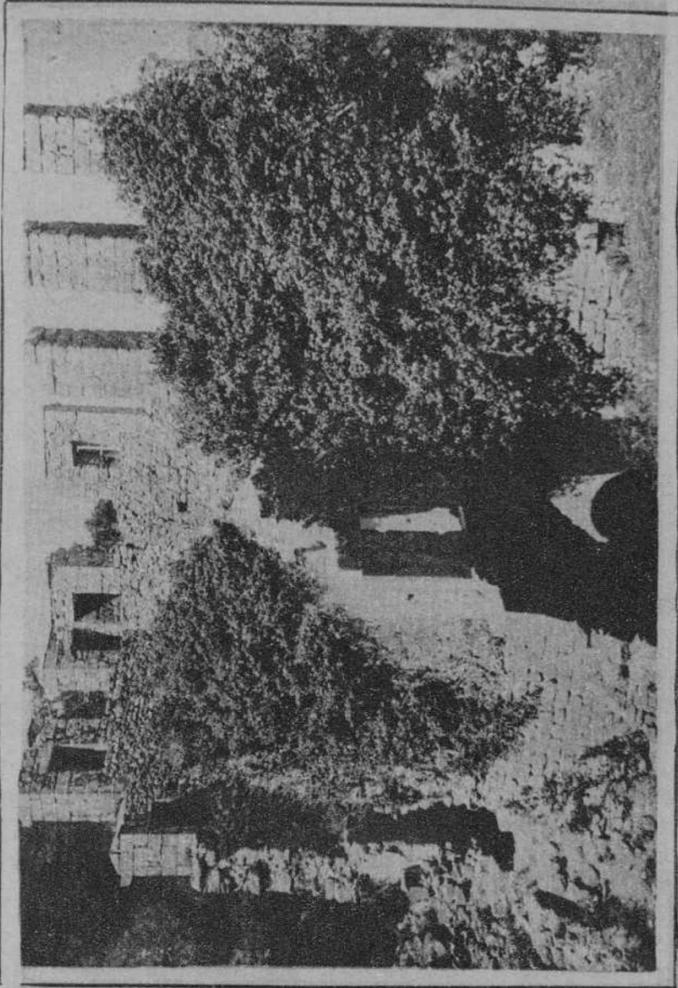
# PIEDRAS EVOCADORAS Castillo de San Martín de Centellas.



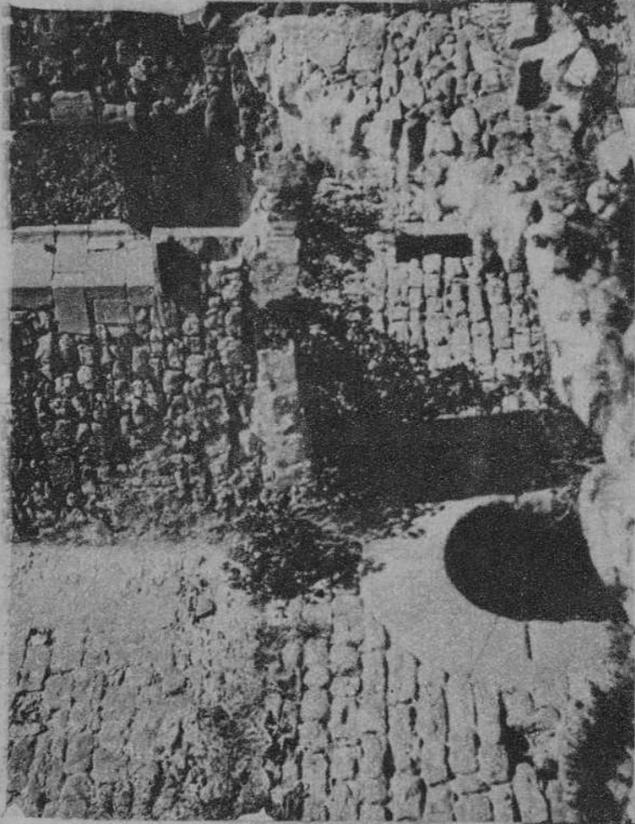
Ruinas del castillo.



Puerta de entrada a las habitaciones.

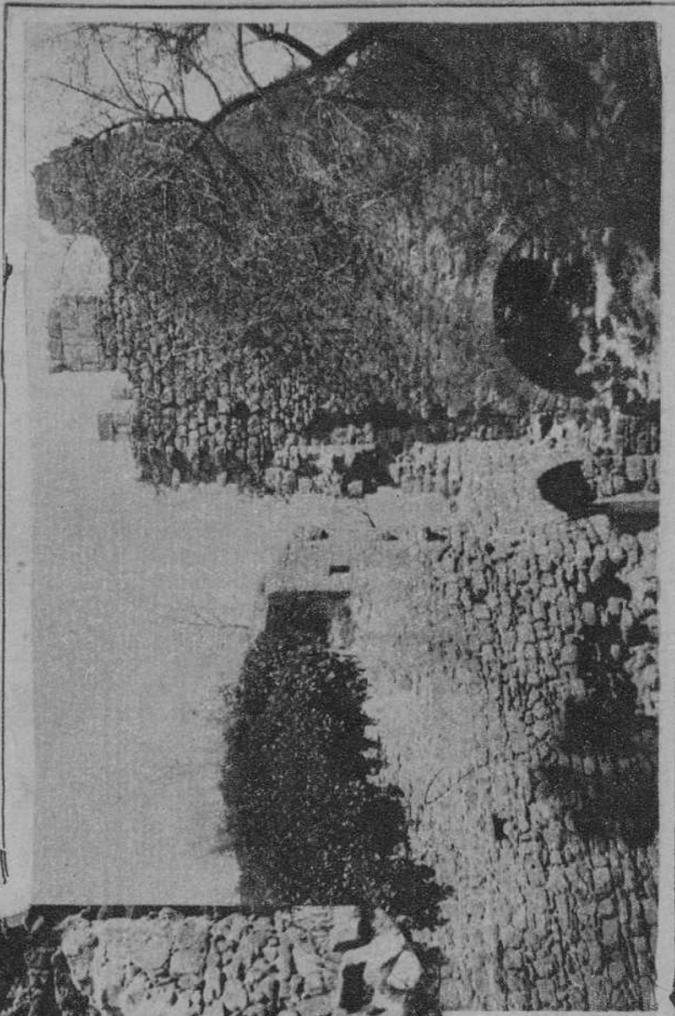


Un pórtico interior

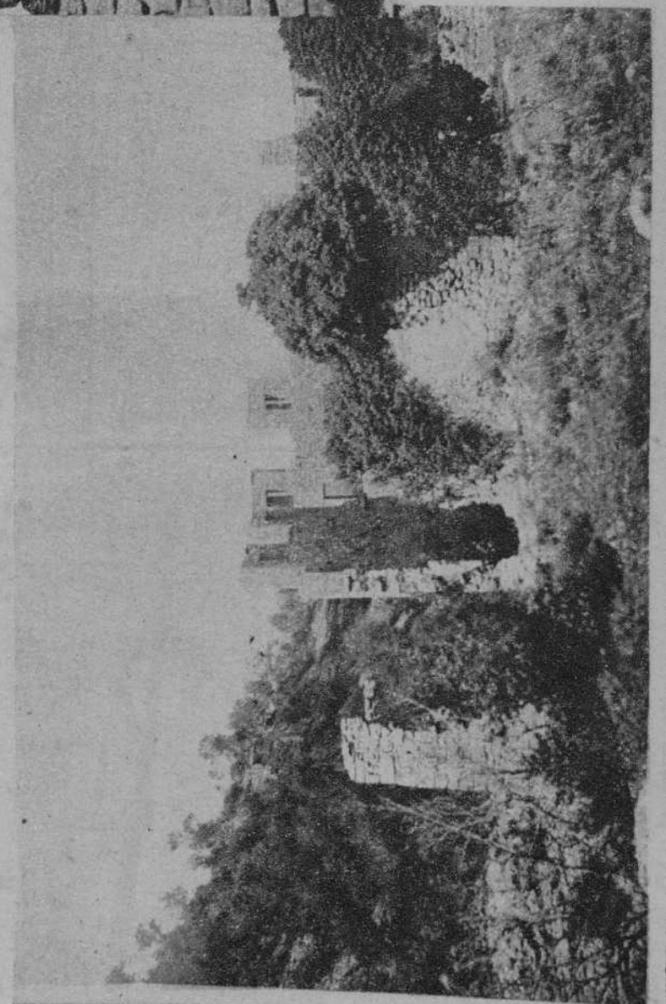


Puerta de entrada a la capilla.

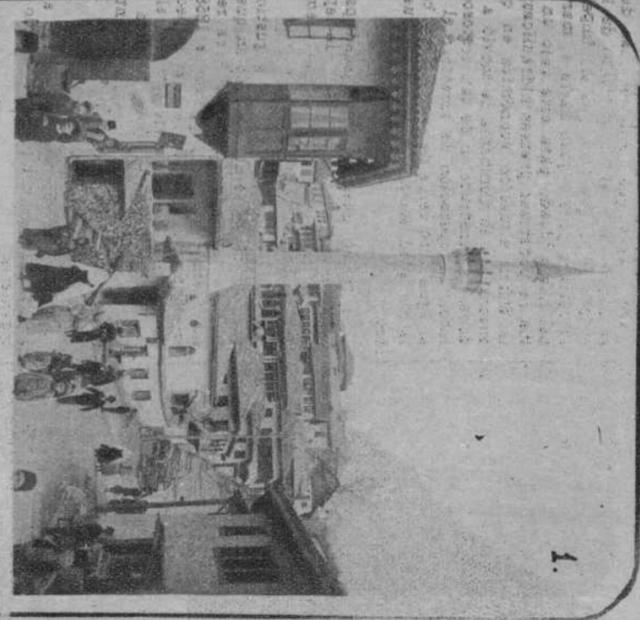
La yedra ama los viejos sillares.



Aguardando el postrer desplome.  
( Fotos Arxiu Casañas )



Космограмма

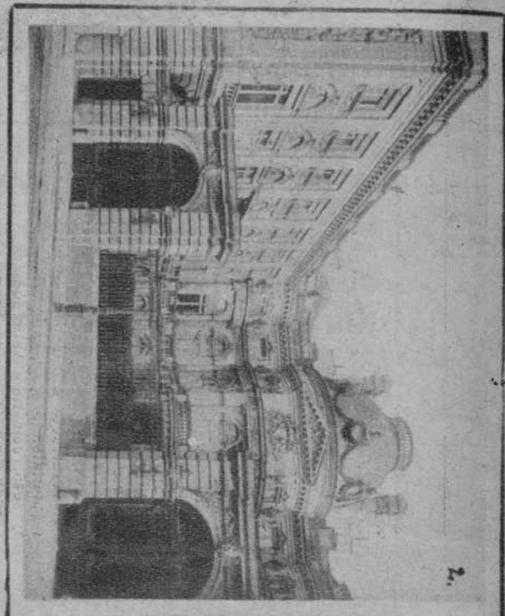


1.

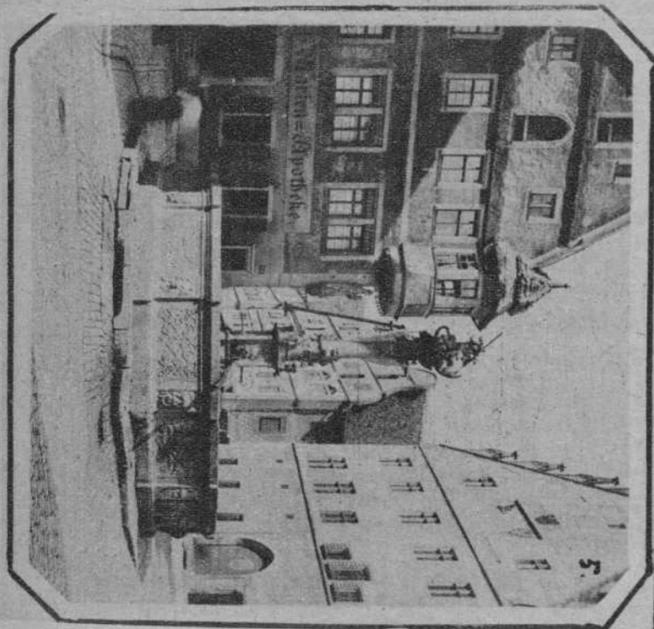
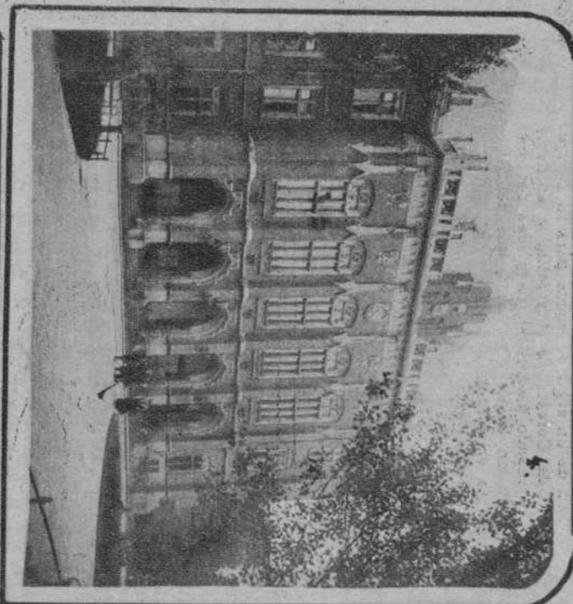


3.

- 1 SARAJEVO.- Una calle típica.
- 2 BRUSELAS.-Palacio del Conde de Flandes.
- 3 DANZIG.- Un bello palacio.
- 4 GRACOVIA.- La Universidad.
- 5 ROTHEMBURG.-Una hermosa plaza.

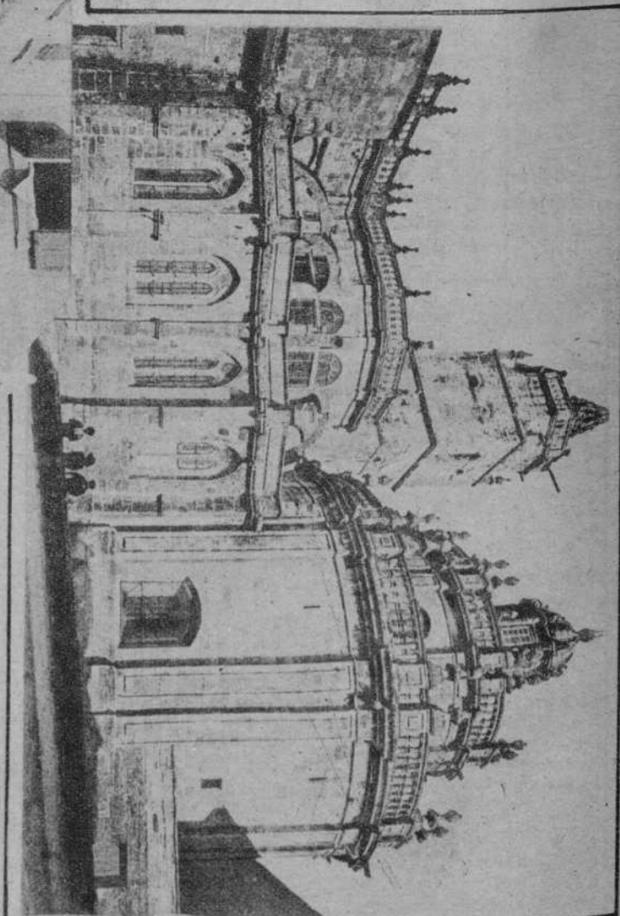


2.

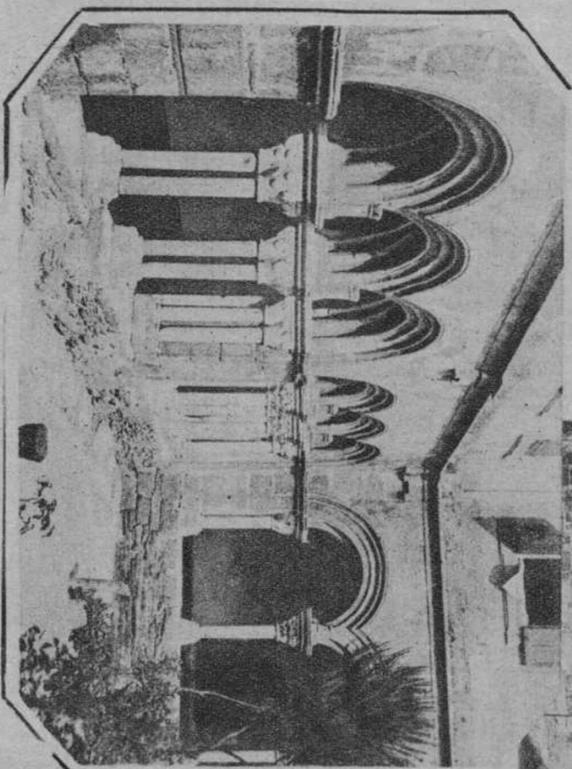


5.

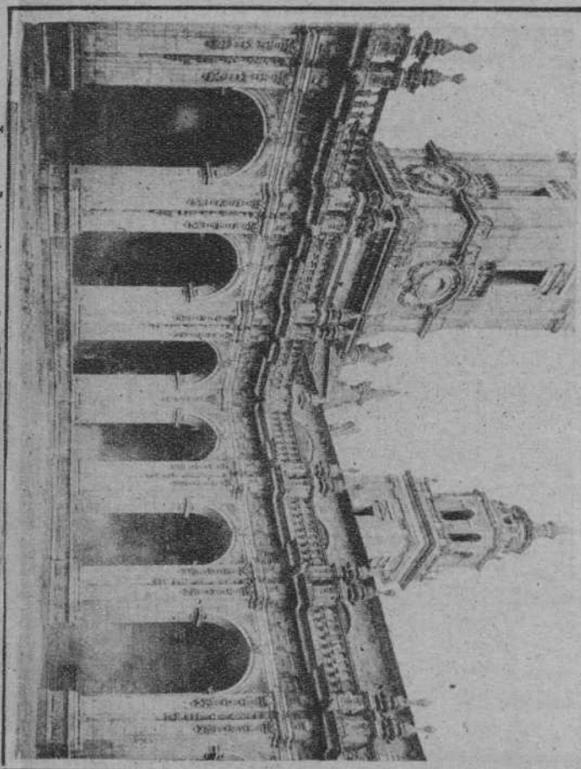
Lago,  
la  
Plácida



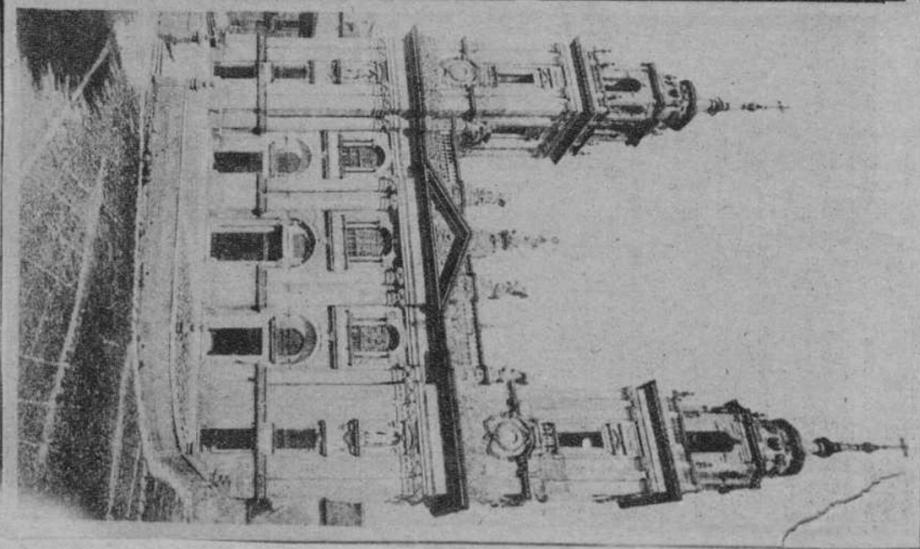
Ábside de la Catedral.



Los claustros de la Catedral.



Los claustros de la Beneficencia.



La Catedral.

# EL ENEMIGO

POR ANTONIO GUARDIOLA  
ILUSTRACIONES DE TERRUELLA



gran violencia, como si despertara de un sueño horrible, o como si me acusara una mala acción.

La bala de mi enemigo no me había asustado; la mía me sobresaltaba.

Cuando me hallé a cinco pasos de don Luis y le vi distintamente el rostro, me asusté.

Estaba lívido como un cadáver.

Las ventanas de las narices, horriblemente dilatadas, como si le faltara ambiente que respirar, y los ojos hundidos y velados, le daban un aspecto horroroso.

¡Qué espantosa transformación causaba en aquel hombre el pánico que le dominaba!

Yo debía ser para él la imagen de la muerte.

Seguía avanzando, hasta colocar el cañón de mi pistola sobre su frente, cubierta de sudor.

El frío del hierro le hizo retroceder un paso, y cayó a mis pies de rodillas, con las manos cruzadas, murmurando:

—No me mate usted y enriqueceré al hijo de Marta.

Los padrinos se acercaron precipitadamente.

—A un lado, señores—les dije.

—¿Vais a asesinar a ese hombre?—preguntaron con asombro.

—¡Asesinarle!—exclamé—. ¿Olvidan ustedes las condiciones del duelo? ¿Olvidan ustedes que este miserable se ha complacido en apuntarme por espacio de un minuto, y que su bala ha roto la carne de mi cuerpo? Su vida es mía, me pertenece. Alguna vez han de ser vencidos los infames. Ea, a un lado, señores, a un lado; levántese usted y no me avergüence con su miedo; sea usted español, al menos para morir.

Le tendí mi mano izquierda para ayudarle a levantarse; pero aquel cobarde volvió a repetirme con lágrimas en los ojos:

—¿Por qué tiene usted ese empeño en matarme?

—Quiero vengar a Marta.

—Pues bien: ya que he deshonrado a la madre, deje usted que enriquezca al hijo, que le dé un nombre que le falta. ¿Qué importa que no sea su padre, si me comprometo a reconocerle, a nombrarle mi heredero? Si no por mí, por la felicidad del pobre huérfano, no me mate usted. ¡Estoy seguro de que Marta me lo hubiera perdonado por su hijo!

Aquel hombre me inspiraba una repugnancia horrible; descargué la pistola al aire, y le dije:

—Acepto la proposición de usted; sea al menos dichoso el hijo.

Imposible es describir la alegría de aquel cobarde.

Se levantó y se arrojó en mis brazos, pero yo le rechacé con desprecio.

Entonces uno de los padrinos me dijo:

—Estáis herido, caballero.

—No es nada, una simple rozadura.

—¡Herido!—exclamó don Luis con sobresalto.

—Sí, herido—repetí yo—. Pero no tema usted, no morirá de esta herida.

—Es preciso contener la sangre.

—Tenemos tiempo—respondí con indiferencia.

—A casa, a casa inmediatamente, y buscaremos un médico.

—Soy médico, y conozco que no necesito de la ciencia en esta ocasión.

tantes después, comenzaron a llegar los contertulios de mi amigo, me saludaban también como a un camarada, con un alegre «Hola, pollo!... ¡Hola, joveni!...» y se sentaban con nosotros. Ya llenábamos dos mesas.

Yo me hundía beatíficamente en el diván amable y tibio. ¿Para qué intentar marcharme?... ¿A dónde iría? En la Redacción no habría nadie... ¿A ver a mi «Mimí»? ¡Sí, quizás la encontrara en el balcón...! pero yo le había checho muchas por aquellos días... mi «Mimí» tenía el balcón lleno de macetas... ¿Comprenderéis?... Y entonces decidí quedarme en el café.

II

Ya sabéis lo que son las «peñas» del café. Se habla en ellas de todo y de nada. Sin embargo, aquella noche, para mi regalo, la conversación de aquellas gentes recayó en un asunto interesantísimo. Salí al azar, expresado por no sé quién de entre los contertulios pero lo recogí, y como lo acarició y lo hizo suyo en seguida un señor alto, guapo, de unos cincuenta años, que concurría a esta reunión vestido siempre con impecable elegancia, y era como el alma y el espíritu de ella. Nosotros, mis amigos y yo, sabíamos vagamente que era un abogado famoso, muy culto y muy rico. Era un hombre imponente, al que uno de mis amigos, Adolfo, el madrileño y gracioso Adolfo, siempre que le veía entrar le aplicaba estas palabras: «Quinto; Negro, bragao, de aspecto imponente que llena la plaza...» El fue, como hombre espiritual y culto, el que recogió, y supo elevarlo, el tema de la conversación aquella noche. Ya he dicho que no sé quién lo había formulado al

Cuando llegué aquella noche al café, donde nosotros teníamos la «peña», no estaban mis amigos; ni Adolfo, ni Pepe, ni Emilio, ni Joaquín, ni ninguno, en fin. Me senté, bostezando. Mi «Mimí», ofendida por mis faltas de los pasados días, no había querido tampoco esperarme aquella noche, y entonces dirigí mis pasos hacia la «peña» de mis compañeros. Sin ellos... ¿qué iba a hacer aquí?... Hojé un periódico. El café, con poca gente, parecía sin alma en aquella fría noche de noviembre. Sólo las cinco o seis señoritas que, vestidas de blanco, semejantes a grandes nardos vivientes, «hacían ruido» con el piano y los violines, llamadas ahora, por fortuna, ponían una nota de alegría y juventud en la «sala inmensa».

Y ya me disponía a marcharme, cuando de pronto entró en el café y se dirigió hacia mí un viejecito pulcro y sonrosado, que me saludó con completa cortesía y me preguntó, mientras se sentaba a la mesa contigua, en el mismo diván:

—¿Esta usted solo, pollo? ¿Y esos colegas?

—¡Oh, estarán de «trabajo fino», como dice Adolfo, uno de ellos, cuando anda con las mujeres!

Sonriendo entonces, el viejecito se vino a mi misma mesa, tras pedirme permiso. Accedí, gustoso, y con sencillez. En realidad, aunque no sabíamos nuestros nombres, nos conocíamos de vista. El venía todas las noches aquí a una «peña» que se formaba junto a la mía. Ellos eran gente grave, hombres maduros, ricos algunos, por lo que habíamos ido coligiendo de conversaciones y detalles... Así es que, cuando unos ins-

el fiorete en la mano; pero, en fin, ¡cómo ha de ser! Cuando las moscas se echan encima, es preciso espantarlas. ¿Conque Marta ha muerto? Pues también lo siento. ¡Pobre muchacha! Era muy linda; pero dice un refrán que el que mucho corre, pronto para. Lo siento por ella, y sobre todo por el chiquillo. ¡Pobre criaturilla!

¿Era aquél el hombre que poco antes había permitido que le arrojara al rostro tanto y tanto insulto?

Lo que mis oídos escuchaban, lo que mis ojos veían, ¿era verdad?

Confieso que aquellas palabras inesperadas, aquella entonación inverosímil, me sobrecogieron; y en vano busqué una de esas frases energicas que terminan una escena desagradable y dan principio a un duelo a muerte.

Hice un esfuerzo, y por fin pude decir:

—Me complace sobremanera el cambio que en su espíritu ha obrado esa beldad. Dentro de dos horas nos batiremos a muerte.

—¿Otro duelo a muerte como el que usted presencié? ¡Vaya por Dios! ¿Tiene usted sus padrinos?

—¿Para qué los necesitamos?

—Poco a poco, señor mío. Si usted no necesita escudar con testigos la legalidad de un lance de la naturaleza del que me propone, yo sí; por lo cual creo indispensable buscar padrinos.

—En tal caso, en esta casa habrá alguno que nos sirva; yo soy forastero, y no conozco a nadie en París.

—¿Conque decididamente quiere usted que nos matemos?

—Hoy mismo.

—Sea. Ahora está usted de más en esta sala; mientras usted busca padrinos escribiré yo a los míos. Buenas noches, caballero.

—Sólo saldré de este cuarto para ir a batirme—le dije, sin moverme del sitio que ocupaba.

—Pues entonces me permitirá usted que escriba una carta.

—Es usted muy dueño.

—Puede usted hacer lo mismo, porque voy a escribir a mis padrinos.

—He dicho antes que no conozco a nadie en París. Los de usted servirán para los dos.

Don Luis escribió una carta y la cerró.

Luego llamó a un criado, le dio las señas y la misiva, y cuando nos volvimos a quedar solos me dijo, encaminándose hacia su alcoba:

—Me siento algo fatigado; y como usted, según parece, no quiere perderme de vista, espero me permitirá que duerma al menos una hora; necesito tener el pulso descansado y tranquilo para matarle a usted. Buenas noches, caballero.

Don Luis entró en la alcoba.

¡Yo me quedé solo en el gabinete.

azar... Se habló de la lucha, de las dificultades, cada día crecientes en la vida del hombre... de la serie de obstáculos por franquear, o, como diría «Jacinto», «de la inmensidad del barro por atravesar».

Y el hombre espiritual y elegante tomó la palabra.

III

—Yo creo que no!—comenzó diciendo con lentitud, con aquella clara sonrisa que dejaba mostrar sus dientes blanquitos.— Yo creo que el hombre de hoy no tiene más obstáculos en su camino ni ha de luchar más que el hombre de ayer. Seguímos teniendo un enemigo, un solo enemigo...

Pasé por el corte una nueva sonrisa, y todos nos miramos, esperando la flor de novedad que iba a abrirse... —¡Sí! hay un enemigo en la vida del hombre, nada más que uno, que es siempre el mismo para todos: que ha sido siempre el mismo desde el comienzo de la Humanidad y que morirá con ella! Y ese enemigo no perdona a nadie, no respeta a nadie: todos los hombres lo tenemos. ¡Calló. Y en la leve pausa, yo, miserable José Fernández! quise hacer una agudeza, y grité, dando un leve puñetazo sobre el mármol:

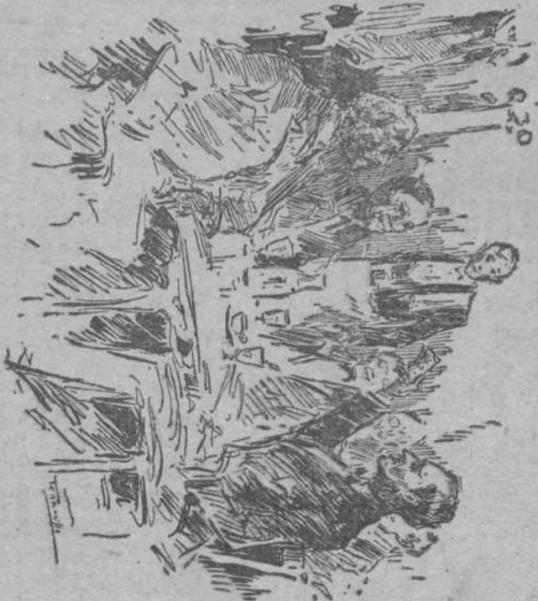
—¡Un enemigo... ¡Ya lo sé! las mujeres! ¿Usted es casado?... Pero él me continuó con un gesto duro, y contestó, frunciendo el ceño:

—¡Eh, pollo, más respeto; que yo soy una persona decente!

Todos reímos, claro es. Y él, entonces, continuó nuevamente, serio, enardeciéndose cada vez más:

—¡No hay más que un enemigo, uno sólo!

Y es, ha sido y será siempre el mismo para todos los hombres de la Tierra. Cuando yo les diga a ustedes cada es, ustedes, todos ustedes, una multitud que se ojea, todos dirán: «¡Ah, sí...!» Porque es el enemigo común, imitable e inimitable. Esto es lo horrible, que es inimitable. Nosotros podemos vencerlo; pero es sólo por unos meses, por unos años... por un poco tiempo; al final... ya está ahí, irguiéndose vencedor siempre ante nuestra vista, superior a todos nuestros sacrificios, a toda la grandeza de nuestra alma y de nuestra vitalidad. Porque este enemigo de todos, es inimitable al bien y a la bondad de los corazones; insensible a nuestros sacrificios... y es tan cruel, tan bárbaro y tan infame, que parece que lo animara un alma infernal: es feroz, agresivo, mal oliente, indelicado, soez y burdo... Y es un enemigo eterno en la vida del hombre, que le precede y le sobrevive siempre, ya cuando nuestra madre prepara nuestra cuna con sollicitud inmensa y con inmensa ternura... el ene-



pero y guiarlo que sea; superior al trabajo que entibee, superior a las dulzuras y a las delicadezas del alma. ¡El se ríe de todo, y goza a veces en destruir, de un solo golpe todo el edificio de una vida humana, levantando en largos años de dolor, de heroísmo, de trabajo y de lucha... ¡Y nos persigue siempre, siempre...! ¡Y nos tienta y nos induce al crimen y a la infamia y al pecado, como el viejo demonio de las leyendas medioevales tentaba a los santos a los cenobitas del desierto...! A veces, inclinandose a nuestro oído, nos propone a todos cosas finobles y ruines... que abandonemos al mejor amigo, que olvidemos a la mujer adorada hasta la locura por nuestro corazón... que huyamos por la espalda, que realicemos cosas que repugnan a nuestra conciencia... y cuando nos ve vacilar, cuando nos ve cerrar los ojos, cubiertos de sudor y temblando de miedo... tiene siempre, para decidirnos, un cuerno: «¿Qué importa?...! ¡Si aceptas, me tendrás de tu parte...!» ¡Y es horrible...! ¡Todos acepta-

mos, todos tenemos que aceptar... y el que no acepta muere en las manos de nuestro enemigo.  
 ¿Comprendan ustedes ahora cuál es ese enemigo infernal, que a todos nos sigue los pasos, que no perdona a nadie, que manda en todas las vidas, y que es eterno, eterno como el Mal?...  
 Cállate el hombre elegante.  
 Sus ojos relucían ahora con un brillo de acero, y todo su rostro se contraía, con una extraña expresión de ferocidad, que yo no le había visto nunca y que delataba al antiguo luchador. Alguien, de entre sus amigos, dijo con voz débil y temerosa, casi sin atreverse:  
 —¿Será le Muerte, acaso?...  
 Pero el hombre elegante denegó con la cabeza. Y sonriendo luego con sonrisa a la vez amarga y amable, de una extraluzura y de una extraña dureza, dijo, mientras sacaba de su rica cartera un billete, que hizo vibrar sobre nuestros cabezas atontados de entregarlo al camarero:  
 —¡Este es el enemigo de todos, implacable y feroz!  
 Y volviéndose hacia mí añadió, con una leve entrecarrada sonrisa:  
 —¡Este es el enemigo eterno y terrible! ¡Cuidado con él, pollo...!

Era Ginesillo, picaro y travieso; odiaba la escuela y amaba los juegos.  
 Poco le importaba que su madre, viendo que nunca atendía sus nobles consejos, se desesperara por volverlo bueno.  
 Tantos picardías su mal fin tuvieron. La mamá, observando que su buen deseo no hacía en su hijo el menor efecto, decidida un día a un acto severo.  
 Llevóle a un asilo, un caserón tétrico, sin amor de madre, ese amor tan tierno que hace de las madres ángeles del cielo.  
 ¡Qué noches más largas! ¡Qué duro aquel lecho! ¡Qué sombrío el cuarto, qué frío y qué negro!

El que no aprendía, aprendió muy presto sólo por hacerle a su madre un ruego:  
 —Madre de mi alma, de afianza muerde; llévame contigo, que ya sé bueno...  
 Haré mis problemas sin perder el tiempo, sin pinchar al gato, ni sauzar al perro que ya sé lo mucho que valen tus besos...  
 Leída la carta, se atendió su anhelo y hoy es Ginesillo un niño modelo...  
 ¡No queréis, niños, que os falte un momento el regalo dulce del amor materno!

El calor materno

(Fábula)

Al cerrar los ojos por llamar al sueño leon que ansia aguardaba aquel santo beso de su mamita, que ya en el colegio no rozaba nunca sus rubios cabellos!

Al cerrar los ojos por llamar al sueño leon que ansia aguardaba aquel santo beso de su mamita, que ya en el colegio no rozaba nunca sus rubios cabellos!

Al cerrar los ojos por llamar al sueño leon que ansia aguardaba aquel santo beso de su mamita, que ya en el colegio no rozaba nunca sus rubios cabellos!

CAPITULO V

Proposiciones ante el cañón de una pistola

Zecequiel y Juan Antonio no se atrevían a interrumpir la narración de Uacista. Fumaban, bebían y escuchaban.  
 Cuando el amante de Marta vaciaba una copa, Juan Antonio se la volvía a llenar, sin decirle una palabra.  
 Esta operación fué ejecutada por la cuarta vez.  
 Uacista puso la mano sobre los bordes de la copa y dijo sonriendo:  
 —Querido Antonio, tú sin duda olvidas que lo que me sirves es coñac de superior calidad, y que, continuando de este modo pronto mis palabras saldrán de mi boca, como las cerezas. Si quieres, pues, que termine la historia comenzada, abstente de servirme más copas de licor.  
 Juan Antonio dejó la botella sobre la mesa, diciendo:  
 —Tienes razón, estaba distraído.  
 —Y yo me lo iba bebiendo del mismo modo.  
 —Continúa cuando quieras; te escuchamos.  
 —Pues bien, permanecí como cosa de dos horas solo en aquel gabinete.  
 En la alcoba se oía la respiración igual y regulada de un hombre que duerme tranquilamente.  
 Cuando el día comenzaba a clarear, se presentaron en la sala dos caballeros. Me dijeron en francés y muy cortésmente que eran los padrinos de don Luis. Les indiqué entonces que su ahijado dormía, y uno de ellos entró en la alcoba para despertarle.  
 Como se había acostado vestido, salió inmediatamente.  
 —¡Oh!—exclamó—. ¡Qué dulce es el sueño de la mañana! Los hombres tienen la mala costumbre de batirse al amanecer, cuando sería tan cómodo batirse por la tarde.  
 Y dirigiéndose a los recién llegados les dijo, señalándome:  
 —Perdonadme, amigos míos, esta molestia; pero el señor es una especie de pantera que se ha propuesto devorarme; y según he visto, tiene mucha prisa por llevar a cabo su filantrópico pensamiento.  
 —¡Vamos! Queréis batiros. Está entendido—dijo uno de los franceses.  
 —¿A pistola?—preguntó el otro.  
 —Me es completamente igual cualquier arma—les dije, siempre que el duelo sea a muerte.  
 —Sí, sí, a muerte. Hay asuntos que conviene acabarlos de una vez, ¿no es verdad, compatriota?  
 Incliné la cabeza en señal de asentimiento, pero extrañando todo lo que oía. Aquel hombre no era el mismo.

Recordé las palabras del amigo que me había vendido la carta, y la destreza con que derribaba los muñecos en el tiro de pistola.  
 Todas las ventajas estaban de su parte; pero esto no me desanimaba: sólo me hacía más precavido.  
 —El duelo se efectuará a pistola, a veinticinco pasos—les dije—avanzando hasta encontrarse, o tirando cuando se quiera después de hecha la señal.  
 Sin duda, leyó don Luis en mi semblante la firme resolución que tenía de matarle, pues se conmovió ligeramente, pero respondió:  
 —Sea como el señor ha dicho.  
 —¿Y dónde están las armas?—preguntó uno de los padrinos.  
 Entonces saqué yo mis pistolas, y dejándolas sobre la mesa, les dije:  
 —Vedlas.  
 Los padrinos las examinaron.  
 —o sirven—dijeron casi a un mismo tiempo los dos franceses.  
 —Podéis ver esas—respondió precipitadamente don Luis. N  
 Y señaló una lujosa caja que había sobre una rinconera.  
 —Estas son buenas.  
 —¡Magníficas!  
 Yo ignoraba la gran ventaja que lleva el que tira con armas conocidas. Era la primera vez que me batía; además, tenía formado un plan para aquel lance, y confieso que me eran completamente desconocidas las unas y las otras.  
 Entonces los padrinos nos hicieron escribir dos cartas completamente iguales, concebidas próximamente en estos términos:  
 “Me llamo Fulano de Tal (cada uno puso su nombre); soy español; la vida me es insoportable y me deshago de ella. A nadie se acuse de esa muerte, pues me la he dado por mi propia mano.”  
 Entregamos las cartas a los padrinos.  
 Un criado salió a buscar un coche, y poco después nos encaminábamos al bosque de Bolonia.  
 Una vez allí, se eligió un sitio bastante retirado, y los padrinos cargaron las pistolas.  
 Cuando terminaron, uno de ellos me dijo:  
 —Vos sois mi ahijado.  
 Le di las gracias con un movimiento de cabeza.  
 Midieron el terreno y después nos colocaron en nuestros sitios respectivos.  
 Confieso que no sentí ni el más ligero latido del corazón viendo a mi enemigo con la pistola en la mano enfrente de mí.  
 Dieron las tres palmadas.  
 Yo permanecí en el mismo sitio sin moverme.  
 Don Luis avanzó cinco pasos, se detuvo, bajó el cañón de la pistola apuntando a mis pies, y luego fué subiéndolo línea por línea hasta que ceryó que tenía por blanco mi pecho.  
 Tampoco sentí nada, si se exceptúa la detonación y un ligero rozamiento en la cadera derecha.  
 Don Luis había descargado su pistola.  
 Era hombre muerto.  
 Entonces comencé a avanzar pausadamente.  
 Conforme me iba acercando a mi enemigo, mi corazón comenzaba a latir con



# Pasatiempos



(SECCION A CARGO DE NOVEJARKYN)

**Nación**  
(Por SERGIO ABELLA)

**Después de Carnaval**  
(Por RAMON BOSCH)

**Acuse de recibo**  
(Por SERGIO ABELLA)

**Dominio : LA CAMINO**  
Tarjeta  
(Por S. M. G.)

**NOTA VLON VERDURAS**  
**DC**  
CIUDAD FRANCESA

**NO QUISE BARRER**

**Hombre egoista**  
(Por PINCANTILLO)

**ASTRO**  
**BEBIDA**

**En el huevo En el mar**  
En las casas  
(Por SIRAX)

**Fracción**  
(Por CARMEN MARTI)

**1000 : VLON A**

**De la herencia de tu tío, ¿te ha correspondido algo?**  
(Por C. ONHILEDA)

**1000 : VLON A**

**Logogrifo numérico**  
(Por MARIO LLANO)

**El Día Gráfico**  
**CUPON**  
QUE DEBE ACOMPAÑAR  
A TODO ENVÍO DE PASATIEMPOS

Relevante es en extremo la figura de este patricio, tanto en su aspecto profesional de arquitecto, como en el de perfecto ciudadano. Su obra es de las que marcan una época, con un sello de personalidad característico, que por ser más o menos discutida, no deja de ser un hecho dentro la historia de nuestro arte.

Para que la evolución civilizadora no interrumpa su marcha, es preciso, que el esfuerzo de las generaciones sea un enlace continuo, de manera que el trabajo de la humanidad resulte completamente fructífero, no depreciándose ninguna actividad.

Esta ley ha sido, a despecho de lo que puedan pensar ciertos innovadores revolucionarios, cumplida plenamente.

Sin el arte oriental, no se habría producido el arte griego, sin éste el romano, siendo el bizantino, el románico y todos los demás hijos de las anteriores generaciones. Sin el respeto que nuestros mayores tuvieron a la obra de sus padres, el arte no existiría; una generación, habría destruido lo de la otra.

Esto no puede ser. El hijo debe respetar a su padre hasta por egoísmo, pues a su vez enseñará a su sucesor, a respetar su obra, por el sólo motivo de ser el principio de su ser, aun cuando tenga ideas completamente opuestas a las suyas. Esto es una salvaguardia para la conservación del patrimonio patrio, y contra la equivocación del juicio de una generación demisiada próxima, para poder apreciar lo que sólo toca al tiempo, ser su juez inexorable.

Nacido Luis Domènech y Montaner, en una época revolucionaria del arte, pecó como todos los innovadores, de un exceso de confianza en sí mismo, y esto se agravó, con la aparición de aquel astro omnipotente del orgullo profesional: el gran Gaudí.

Domènech y Montaner, sin la pesadilla de Gaudí, hubiera sido discreto. Acharacada la furia decorativa, toda la policromía inoportuna, que aboga la silueta elegante, y el dibujo irreprochable del arquitecto, no a él sino a este genial y huracanoso temperamento que pasó como una tempestad, arrollando todo el resto de aquella sublime discreción del arte catalán, que desdeñando todo lo superficial, sólo se atenta a lo que es la esencia de la arquitectura, teniendo sólo lo decorativo, como marco para realizar la armonía de conjunto de líneas arquitectónicas, siendo, a su vez, estas hijas del verdadero objeto y auxiliar del edificio.

## FIGURAS DEL SIGLO XIX

# Luis Domenech y Montaner, arquitecto

No penséis que con esto, quiero sehar por tierra la grandiosa obra de estas dos personalidades. No; lejos de ello, me atrevo a decir, que siendo este ambiente revolucionario mundial, pues el modernismo fué general, nos podemos enorgullecer, que si alguna muestra digna de mencionarse dejó el modernismo, fué en Barcelona, y por esto quisiera y es obligación, de resaltar estas obras en su integridad, pues teniendo todos los defectos que quieran atribuirle sus adversarios, no dejan de ser una obra personalísima, e hija de un ambiente completamente definido. Son una muestra del estilo modernista la más completa que se ha producido en Europa. ¿Queréis destruirla?

Sed lógicos; una de las características de la época actual, es el deseo de la originalidad y sin embargo contra ella van todos los tiros.

Un día, se les ocurre a unos amigos de la tradición destruir el concepto arquitectónico de la generación que hizo nuestra catedral, bajo el espacio pretexto, de que velan por la pureza de la liturgia y quieren imponer su opinión a una generación pesada, siendo así que precisamente de este criterio arranca lo que la distingue de las otras.

Si vuestra tónica es completamente contraria a lo que anteriormente se ha hecho, demostrado con obras nuevas y entonces, si tendis razón, todo el cúmulo de ella pesará más que las palabras que podáis decir ahora, y aquella sinrazón arquitectónica que habéis conservado, será lo que la sombra a la luz; hará resaltar el esplendor de vuestra verdad.

No necesita sin embargo Domènech de tanta defensa para acreditar su mérito, pues el espectáculo de su vida, toda su existencia de actividad y de entusiasmo para el arte y las cosas de la tierra, ya son un ejemplo vivo, un monumento que llega a las generaciones venideras.

Nacido en Barcelona el año 1850, fué discípulo de la Escuela de Arquitectura de Barcelona y de la de Madrid, obteniendo el primer premio en el concurso celebrado para la construcción del monumento funerario del músico y poeta José Anselmo Clavé. En 1877, alcanzó el primer lugar en otro concurso celebrado en Barcelona para la construcción de un edificio destinado a escuelas y museos, que no pasó de ser un proyecto. En 1888 tomó activísima parte

en la realización de la Exposición Universal de Barcelona, decorando las habitaciones destinadas a S. M. la Reina Regente, en el palacio municipal, y construyendo aquel gran hotel en 53 días que fué uno de los acontecimientos más relevantes del gran certamen. Construyó con carácter definitivo, el hermoso palacio destinado a café y ocupado después por la Escuela de Música, que aun hoy luce su graciosa silueta, la que junto con la triunfal cascada y la obra escultórica de nuestros ocellentistas, son el prestigio de nuestro País que de la Ciudadela.

Su mérito le valió el ser nombrado profesor de la Escuela Superior de Arquitectura en 1875, siendo director de la misma desde 1901, ejerciendo grandísima influencia entre sus discípulos. Su obra cultural es exteriorizada por obras tan importantes como la «Iluminación solar de los edificios» (1877); «Acústica aplicación a la arquitectura»; el tomo primero de la «Historia del Arte» (Historia de la Arquitectura), editada por Montaner y Simó (Barcelona 1886) y fundó y dirigió la biblioteca «Artes y Letras» (Barcelona). Fué presidente del Ateneo Barcelonés en los años 1898, 1911 y 1913, ejerciendo el mismo cargo en los «Juegos florales», etc., y desde 1901 a 1905, representó en las Cortes un distrito de Barcelona. Fué también académico de la Real de San Fernando. Las construcciones de Domènech, obtuvieron tres veces el premio anual que el Ayuntamiento otorga a los mejores edificios de la ciudad.

Además de las citadas anteriormente, son obras suyas el Manicomio de Reus (Tarragona), el Palacio de la Música Catalana y multitud de casas particulares llenas de profusa decoración arquitectónica cuyos elementos habia estudiado profundamente. Con todo de carácter variable, al ensuarse de una obra, la abandonaba, acabándose muchas veces como Dios quería, achacándose a el verdaderos adeseos decorativos en que no tenía arte ni parte. Quien de cerca estudia su obra, enseña una nota por su elegante concepción, lo ejecutado según sus órdenes.

Para final, citaremos como obra suya el Hospital de San Pablo, de Barcelona, que gallardamente pavonea su altosa silueta ante la obra gaudiana de la Sagrada Familia, queriendo abogar alhajada con su excesiva decoración polítona, el orgulloso empuje ciclopeo de su vecino.

Joaquín BAS GICH



# HISTORIA DE LA NATURALEZA

## LA GRULLA

El pico largo, con las narices horadadas y situadas a la mitad de su longitud, el cuello gracioso y flexible y las altas patas con el dedo posterior pequeño, son las características de las grullas.

La especie más conocida es la «grulla común» o «grulla cententaria», ave de metro y medio de longitud, de plumaje gris de ceniza, con los lados de la cabeza blancos, la garganta y la nuca negras, y las bridas y la frente sin verdaderas plumas, sino revestidas de una especie de cerditas cortas y negras.

Las costumbres migratorias de la grulla, que pasa el verano en Europa y el invierno en la mitad septentrional de África, son bien conocidas desde los días de Eritipos, que la llamaba «el ave de Libias».

De hábitos sumamente sociales, vuelan en bandos formados en dos líneas divergentes a gran altura y lanzando casi sin cesar gritos que se oyen a larga distancia, peculiaridad que permite reconocer a las grullas desde muy lejos y que ha llamado siempre la atención de las gentes. «Su voz anuncia desde lo alto de los aires al labrador el tiempo de abrir la tierra», dice Herioldo en «Las horas y los días», refiriéndose a su paso por el Sur.

Generalmente, mientras permanecen en nuestras latitudes, la grulla frecuenta las tierras pantanosas y las vegas frescas, en busca de insectos, gusanos y pequeños moluscos; pero como igualmente muchas simientes y el grano recién sembrado parece ser para esta ave una deliciosa golosina.

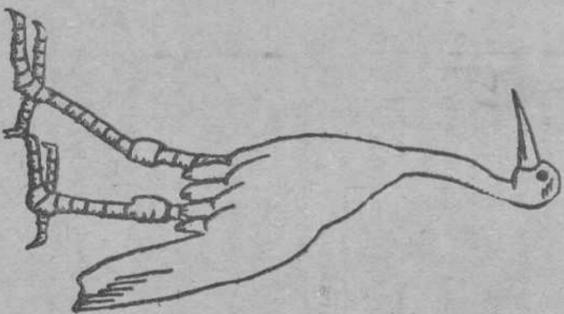
Su nido es un montón de carrizos y tallos de diversas plantas, puesto en el suelo, casi siempre en medio de algún extenso cenagal o de un pantano, y en él pone en abril o mayo dos huevos verdosos con manchas oscuras, en cuya incubación alternan los dos padres. Los pollitos salen cubiertos de un espeso plumón rojizo vivo, que pronto es sustituido por un plumaje gris algo semejante al de los adultos.

En la América del Norte y la Siberia oriental, se encuentra la grulla gris; pero otras especies exóticas son blancas, como la «grulla chilena», que pasa el verano en los Estados Unidos y el invierno en la América Central, y que va siendo especie muy rara, o la «grulla del Japón», especie que con frecuencia pintan los artistas nipones, tan hábiles para representar animales en biombo y abanicos.

La hermosa «grulla del Paraíso», del Afri-

ca del Sur, notable por el gran desarrollo de las plumas secundarias internas de sus alas que forman un bello adorno; la «grulla monija», especie asiática, cuya coloración le da un aire de grave sobriedad que le ha valido su nombre; la «grulla de Numidia», que por su gallardía y sus gentiles movimientos, se le da también el nombre de «grulla señorita»; la «grulla australiana», zancuda, de gran tamaño, con el plumaje de un bello gris oscuro de pizarra y unos carunculos rojos en la garganta, y la «grulla real», especie africana, a la que los antiguos llamaban grulla de Balauros, no se sabe por qué, puesto que jamás ha existido en aquellas islas, siendo especie peculiar de la región etióptica. Esta ave se alimenta de reptiles e insectos haciendo guerra incansable a la langosta, que tantos daños ocasiona en los campos africanos.

Tanto por estos servicios, como por lo agradable de su plumaje, los europeos que



LA GRULLA

viven en África, suelen tener a la grulla en domesticidad a la que se somete muy bien.

En algunas tribus indígenas uno de los adornos predilectos de los jefes es el moño que ostenta la grulla real, colocado sobre su rizada cabellera en la misma forma que lo lleva el ave.

R. S. N.

# GALERIA DE HOMEROS CIEBERRIS

## ISAMBARD KINGDOM BRUNEL

Este gran ingeniero, hijo de Marcos Isambard Brunel, constructor del primer túnel bajo los ríos nació en 1806 en Portsmouth. Desde su infancia «viero» ya sus padres que las inclinaciones del nro eran las mismas del padre, y de acuerdo con ellas, le fueron iniciando en todos los trabajos técnicos.

A los catorce años de edad fué enviado a París para aprender francés y matemáticas; y durante su estancia de doce años de fiesta al estudio de diferentes obras de ingeniería, sobre las cuales enviaba a su padre descripciones y diseños. Poco después de su regreso a Inglaterra obtuvo ocupación fija en las obras de su padre. La perforación del túnel bajo el Támesis le dió ocasión de practicar y desplegar las grandes cualidades de que la naturaleza le había dotado; perseverancia y valor, así como ingenio y prudencia.

Cuando en enero de 1838 firmaron las aguas en el túnel, el joven Isambard se hallaba presente, y no salió de allí hasta que lo hubieron verificado los obreros. Sin embargo, no se salvaron todos, y fué un milagro no pereciera también. Isambard Kingdom había quedado herido de gravedad.

Cuando salió de la enfermedad, los trabajos del túnel habían sido abandonados temporalmente, y cuando en 1835, volvió a reemprenderse, Isambard estaba demasiado ocupado en otras cosas para poder consagrarse a la construcción de aquélla magna obra, a no ser en las horas libres.

En 1829, aquel ingeniero que no tenía entonces más que veintitrés años, se había comprometido a aventurar al constructor de puentes más famoso de Inglaterra, Tomás Telford, proyectando un puente colgante sobre el Avon, junto a Bristol, con un arco más de una vez y media mayor que el arco principal del puente de Menai, construido por Telford.

En un nuevo concurso el joven Brunel venció a Telford; pero con todo, había perdido notablemente la anchura del arco. La última y más grande empresa de Brunel, fué el puente «Royal Albert», sobre el río Tamis, junto a Saltsish, de 330 metros de anchura.

Estos trabajos de construcción de puentes los ejecutaba en combinación con sus actividades de ingeniero de ferrocarriles, tendiendo más de 2,000 quilómetros de vías férreas. La más famosa de estas vías fué la que

Gran Ferrocarril del Oeste, entre Bristol y Londres (1835-1841).

Dirase que los trabajos de Isambard en el terreno de los ferrocarriles ocuparon toda su actividad en los veintidós o treinta años que se empleó en ellos. No obstante, en casi todo este período de febril inventiva, es decir, desde 1835 hasta su muerte, le ocuparon también las empresas que se referían al desarrollo sistemático de la navegación a vapor por todos los mares del mundo.

A principios de 1836, se formó una compañía para construir bajo la dirección de Isambard, el primer gran buque de hierro con el empleo de hélices. Este buque llamado «Great Western», fué botado al agua con resultados admirables en julio de 1837, emprendiendo su primer viaje a América el 1845, con toda felicidad.

Poco después dirigía Brunel la construcción de un segundo buque para la Compañía de Correos de Australia, y entonces fué cuando maduró en él la idea de construir un buque gigantesco, que debía superar en mucho a todo lo que hasta entonces se había conocido. La dirección de la Compañía Oriental de Navegación a Vapore, se interesó por el atrevido plan de Brunel, que había completado hasta sus detalles en colaboración con el constructor de buques Scott Russell. La Compañía decidió construir un buque como el propues-



ISAMBARD KINGDOM BRUNEL (1806 - 1859)

to por Isambard, a quien él llamaba el gigante del mar. Mientras Brunel trabajaba para la construcción de estos ideales, la Sociedad tuvo que luchar amargamente con las dificultades económicas.

Las desgraciadas consecuencias de ello se demostraron en el momento de la bordadura. El buque tuvo que ser impedido y arrastrado poco a poco hacia el mar. Brunel había ideado para este caso un sistema de poderosas presas hidráulicas; pero la difícil situación económica en que se encontraba la Compañía le movió a abandonar la construcción de tan costosos aparatos. La operación de arrastrar el coloso al agua duró cerca de tres meses y costó a la Sociedad sumas tan enormes, que quebró.

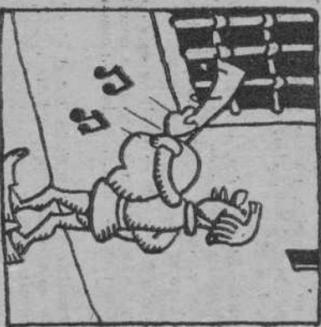
Se formó una nueva Sociedad para la terminación del buque, y el 7 de septiembre de 1859, pudo levar anclas y emprender su primer viaje.

El exceso de trabajo y la angustiosa situación en que se hallaba, habían quebrantado la salud de Isambard. Para rehabilar sus fuerzas pasó el invierno de 1858-1859 en Egipto, después de lo cual inspeccionó de nuevo al «Great Eastern»; pero el 5 de septiembre de 1859, vió por última vez a aquel hijo del dolor. Al día siguiente sufrió un ataque de apoplejía, y el 15 de septiembre, murió.

Isambard Kingdom Brunel, llegó a conquistar un gran nombre en el mundo de la ingeniería.

R. S. N.

## Relato breve y curioso, de un país maravilloso



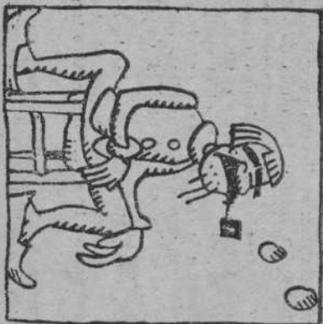
También el rey, pobrecito, tiene su corazóncito y el desdichado, en mala hora, de una dama se enamora.



Y corre al pie de la reina a charlar con su pareja, a requereirla de amores y a echarla unas cuantas flores.



Se entera el Consejo un día y le echa una chillería, porque un rey enamorado cuida poco del Estado.



El padre de su tormento es de un carácter violento y le no le dan los reyes y hasta los que dicen leyes.



Y posee un perro fiero que es furioso canchero monna al, con el pobre chuchó, no me da de zompa, más de mucho.



Pero los enamorados pueden vivir descuidados porque Chuflo, el dios niño, les profeta en su carño.